

KES EL ÚLTIMO AURE DE TERRALÁN



KES, EL ÚLTIMO AURE DE TERRALÁN

LIBRO UNO

IVÁN BOLAÑOS

KES, EL ÚLTIMO AURE DE TERRALÁN – LIBRO UNO

Copyright © Iván Bolaños

Primera edición publicada por Ediciones SM (Perú), 2012

Editado por Tony & Vanchi

Todos los derechos reservados. Este libro, así como cualquiera de sus partes, no podrá ser reproducido en cualquiera forma sin autorización. Esta novela es un trabajo de ficción. Los nombres, personajes, lugares e incidentes, son producto de la imaginación del autor o han sido usados ficticiamente.

ÍNDICE

KES, EL ÚLTIMO AURE DE TERRALÁN	1
UNIR	4
AURE DIRUK	5
LOBOS	6
KES	7
INTRODUCCIÓN	8
I. LA TRAICIÓN DE LA MONTAÑA NAUIR	11
II. LAS GÁRGOLAS	15
III. UNA DIFÍCIL DECISIÓN	34
IV. MÁGICA JUVENTUD	43
V. EL ACUANTALIS	61
VI. LOS AURES DE BELIA, LITAR Y MUT	69
VII. LA CIUDAD DORADA	83
VIII. NOCHE DE TERROR	90
IX. DOCE OTRA VEZ	95
X. LA PROMESA DE UNIR	104
XI. AL PIE DE LA MONTAÑA	112
XII. UN FUTURO DIFERENTE	119

UNIR



AURE DIRUK



LOBOS



KES



INTRODUCCIÓN

Cuenta la historia que al final de la Primera Edad, Grorn logró detener la rotación del mundo buscando dejar a Terralán bajo una sombra perpetua.

Durante aquellos tenebrosos días de oscuridad, las criaturas y demonios enviados por el maligno se fortalecieron, a tal punto, que se atrevieron a desafiar el poder de los unicornios.

En ese entonces, los terralenses no tenían rey y vivían divididos en pequeñas villas a lo largo del valle del río Moaslán y en las riberas del gran lago: el Acuantalis.

No reinaba el orden. Hombres y mujeres vivían expuestos a los constantes e impredecibles cambios de las fuerzas de la naturaleza. Prevalecía la desunión.

Sus tierras, sus animales, y finalmente sus propias vidas se vieron amenazadas, cuando las huestes del mal atacaron una y otra vez desde las ahora permanentes sombras, tratando no sólo de desgarrar sus cuerpos, sino adueñarse también de sus almas.

Pero luego de siete días de esperar angustiosamente la luz del amanecer, apareció un valiente, Valmar, quien, arriesgándose temerariamente, logró atravesar los vastos campos que lo separaban de Anes, el Señor de los unicornios, con quien hizo un pacto que marcaría por siempre el futuro de todos.

Fruto de esa alianza, los habitantes de Terralán marcharon a la guerra con aquellas criaturas mágicas, que no podían usar su poder para atacar, pero sí para ser más rápidos que sus enemigos.

Así, se enfrentaron decididamente en su mortal y desigual lucha contra el maligno, comandados por Valmar y Anes, al frente de ese fantástico y ordenado tropel de magníficas cabalgaduras, que llevaban sobre sí a inexpertos pero aguerridos luchadores.

En cruenta batalla, que duró muchas horas, las fuerzas de la oscuridad fueron diezmadas, y Grorn fue expulsado de regreso a las tenebrosas profundidades del abismo, de donde había salido para someter a la humanidad.

Inmediatamente los unicornios empezaron a galopar todos juntos hacia el poniente, empleando en cada paso toda su poderosa energía. De esa forma consiguieron, tras un esfuerzo casi infinito, reestablecer el movimiento de la Tierra.

Antes de que terminara ese primer nuevo día, Anes llevó sobre su lomo a la pareja que se convertiría en el primer rey y reina entre los terralenses: Valmar y Vedia.

Juntos colocaron la primera piedra de Ukaris, la ciudad dorada, emplazada sobre una solitaria colina del valle del Moaslán. Vedia portaba un rubí muy brillante, regalo del Señor de los unicornios, símbolo de la alianza que derrotó al maligno. La Segunda Edad había comenzado.

—Nunca se olviden de nosotros —se despidió Anes, antes de partir de regreso hacia el Este.

Así pasó mucho tiempo, y los ukarisianos vivieron pendientes y agradecidos con los unicornios, ya que por su galope el Sol salía cada mañana y el agua discurría por los ríos y arroyos. Sin ellos no se podrían obtener las cosechas, ni criar animales. Era la magia de aquellas maravillosas criaturas lo que hacía que el mundo continuara rotando y se sucedieran los días y las noches.

Pero a pesar de que el poder de los unicornios había devuelto el movimiento a la Tierra, el daño causado por el maligno había dejado su marca. Las fuerzas de la naturaleza se comportaron desde entonces de maneras muy extrañas, haciendo la vida más difícil que en la Primera Edad.

En esos tiempos oscuros apareció una nueva casta de terralenses, poseedores de un don especial que los ayudó a determinar el momento indicado para sembrar, el lugar adecuado para echar las redes de pesca, o la medida exacta y qué medicina debían administrar a los enfermos.

Cuando la circunstancia lo exigía, podían usar poderes incluso mayores, parecía que podían aplacar de algún modo la fuerza de los elementos. Sumaban únicamente doce, ni menos, ni más, y fueron conocidos como los aures. Cada vez que uno de ellos moría, siempre a una edad avanzada, otro nacía en alguna parte del reino para tomar su lugar.

I. LA TRAICIÓN DE LA MONTAÑA NAUIR

La tierra empezó a temblar levemente. Casi había amanecido, y corría una suave brisa, cuando apareció el primero de ellos. Hermoso, fuerte, con la crin al viento parecía volar sobre aquella alfombra verde que se extendía por gran parte del riquísimo valle.

Poco después un segundo, un tercero, hasta que pronto pudieron contarse por decenas, y finalmente cientos. Sus cuernos, de diferentes colores, empezaron a resplandecer a medida que el Sol fue asomando por el Este. Iban tan veloces que sus cascos parecían no tocar el suelo. A la cabeza de aquella manada estaba Unir, el único que poseía un cuerno plateado, inequívoca señal de su rango.

En las partes altas de la ciudad dorada muchos observaban el luminoso y rutilante espectáculo que se repetía cada amanecer, luego de la primera noche de plenilunio: el galope de los unicornios desde la orilla norte del gran lago hacia las montañas de la cordillera Moaskif.

Aunque la manada se mantenía siempre a cierta distancia de Ukaris, el golpe de sus cascos contra la tierra se podía sentir en toda la ciudad.

Unir, hijo de Anes, había guiado a los suyos a través de la senda de los unicornios y por el valle del Moaslán desde hace muchos años. Sin embargo, no parecía mostrar signos de estar envejeciendo. Ellos tenían ese don, al alcanzar la adultez y con ello el desarrollo de su magnífico cuerno, mantenían su belleza y vigor hasta el día señalado para su partida.

El último de los unicornios cruzó el río que bajaba de las montañas. Los hombres volvieron su atención a los quehaceres cotidianos, confiados en que una vez más aquel galope mágico les permitiría continuar tranquilamente con sus vidas.

Muchos inviernos habían pasado desde que el aure Diruk arribara por primera vez a las deshabitadas, pero fértiles tierras más allá del Acuantalis.

Por encargo del entonces joven rey Balkian, padre del actual monarca, el aure había guiado a una treintena de sus súbditos hasta aquella alejada parte del reino, distante a siete días a caballo de Ukaris.

En ese lugar se levantó el pueblo de Herol, apenas a media legua al este del bosque de Efín, alimentado por pequeños arroyos que nacían al Noroeste.

Desde el principio Diruk ayudó, con sus poderes, a los nuevos habitantes a desarrollar una cualidad muy especial que distinguiría a esta región de otras. Su esmerado y fino cultivo de la vid, que luego convirtieron en lo que sería su señal distintiva: sus magníficos vinos.

Años más tarde, el rey Balkian cedió el trono a su hijo Balkurian, hombre justo que pronto alcanzó gran sabiduría, y más adelante sería conocido como el monarca amigo de los aures.

Todo parecía indicar, que, bajo la tutela de sus protectores, las diferentes villas y pueblos de Terralán, junto con la ciudad dorada, disfrutarían de largos años de paz y prosperidad.

Sin embargo, cuarenta años después de la colonización de esas tierras, ocurriría el evento más trágico de la Segunda Edad.

Un grupo de hombres, habitantes de Ukaris, cuyas almas fueron ganadas por la ambición, convencieron con engaños a cinco jóvenes

unicornios para que se presentaran en una noche fría y oscura, al pie de la montaña más inaccesible y distante, conocida como Nauir, lejos del camino que cruzaba la cordillera Moaskif.

Una vez en el lugar, los hombres les ofrecieron beber de una poción especial que dijeron había sido preparada por los aures, una que incrementaría su magia. De esa forma, ya no tendrían que realizar el extenuante galope desde la orilla norte del lago hasta las montañas del Oeste, cada mañana después de la luna llena.

—Podrán andar por donde se les antoje. Ya no tendrán que someterse a la voluntad de Unir.

Uno de los unicornios, receloso aún, preguntó:

—¿Cómo podemos estar seguros de que son los aures quienes la han preparado?

—No deben desconfiar, amigos. Como prueba de nuestra buena voluntad nosotros beberemos primero de ella.

Uno a uno los hombres tomaron un sorbo, lo cual disipó las sospechas de los incautos jóvenes, quienes también la bebieron.

Los unicornios no sabían que la receta mágica era totalmente inocua para el ser humano, pero que a ellos sí los afectaría terriblemente. Poco a poco fueron cayendo en un letargo muy profundo.

El verdadero propósito de aquellos malvados quedó al descubierto, sin la menor vacilación procedieron a cortarles los cuernos.

—Ahora podremos preparar una poción tan poderosa, que nos permitirá doblegar al rey y conquistar Terralán —dijo el jefe de aquellos desalmados.

Al día siguiente la manada encontró los cinco cuerpos sin vida. Aunque la poción no mató a los unicornios, la ausencia de sus cuernos sí lo hizo.

Desde entonces, Unir no volvería a confiar en los terralenses. Poco después el poder del rubí de la alianza empezó a debilitarse inexorablemente. Los culpables de la terrible infamia nunca fueron hallados.

La magia de los aures también sufriría por la traición perpetrada en la montaña Nauir. Primero, sus predicciones no alertarían oportunamente a los habitantes del reino en contra de las misteriosas fuerzas de la naturaleza. Los sembríos sufrirían la aparición de plagas, la pesca no daría suficientes frutos, e incluso se perderían muchas cabezas de ganado por enfermedades que ya no pudieron curar.

Ello obligó a depender mucho más de lo que otros producían. Pronto el intercambio comercial se incrementaría entre los habitantes dispersos a lo largo del Moaslán con los que vivían aún más lejos. Así, los viticultores de Herol proporcionaban el mejor vino, mientras que otros producían los granos u ofrecían la carne de los diferentes animales que podían criar.

El nuevo rey estaba decidido a darle a los aures nuevamente el lugar que les correspondía, como enviados por los seres superiores, pero tanto los habitantes de la ciudad dorada, como los del vecino valle y de las lejanas tierras orientales, vieron que ya no sería como antes de la traición, cuando los unicornios confiaban plenamente en los hombres, y el rubí, regalo de Anes, brillaba intensamente.

II. LAS GÁRGOLAS

—Kes. ¿Dónde estás? Ese muchacho me va a sacar canas antes de tiempo —gritó una joven mujer, tras asomar la cabeza por la ventana de su casa, una sencilla pero bien dispuesta cabaña, junto al camino principal.

—Debe estar jugando por ahí. Persiguiendo a algún animal o haciendo carreras con los amigos —contestó un hombre de corpulenta figura, mientras golpeaba su pipa contra la mesa—. Este tabaco es de lo mejor que he probado; debo traer más en mi próximo viaje.

—No me gusta que nuestro hijo ande allá afuera cuando está por oscurecer. Recuerda lo que dijo el viejo Diruk.

—Mujer, aquel anciano miope no sabría distinguir una oveja de una vaca. No podemos creer en lo que dice haber visto.

—No deberías hablar así, Palur. Recuerda que es un aure. No necesita ver como tú o yo para saber lo que ocurre.

—No creo que a los aures les quede más poder. ¿Has olvidado lo que pasó con la última cosecha?

—Cómo olvidarlo. Si casi no tuvimos nada que comer. Pero aun así me preocupa que haya algo maligno rondando entre los árboles.

—Ila, no quiero que a nuestro hijo le andes metiendo ideas raras en la cabeza. En ese bosque no hay nada más peligroso que una manada de lobos, y ellos rara vez se acercan al hombre.

—Espero que tengas razón, esposo mío. Aunque cada vez son más los que aseguran que los lobos se vienen comportando de maneras extrañas.

A un cuarto de legua de ahí, dos muchachos de no más de diez años corrían siguiendo el arroyo que venía del oeste.

—¡Apúrate, Alit! Aún nos falta para llegar a los primeros árboles —dijo el que iba delante.

—¡Espera un poco! Recuerda que no puedo correr tan rápido como tú, Kes —exclamó el segundo.

Poco después el primero hizo una pausa, en parte para recuperar el aliento, en parte para esperar a su amigo.

—¿Crees que la encontremos? —preguntó Alit cuando lo alcanzó.

—No lo sé. Pero debemos tener mucho cuidado.

Pronto los muchachos dejaron las últimas tierras de cultivo e ingresaron al bosque. Estaban decididos a adentrarse lo más posible en la espesura. Kes, hijo de Ila y Palur, y su inseparable amigo Alit, hijo de Kasif y Nira, recorrían hacía buen rato el zigzagueante y angosto camino rodeado de árboles, cuando empezó a caer la tarde.

Los rumores de que una bestia con forma humana y grandes alas, que se escondía en el bosque de Efín, había matado a una docena de ovejas y a una que otra vaca, no parecían asustar a los jóvenes aventureros.

—¿Qué harás si encuentras a la bestia? —preguntó Alit.

—Correr lo más rápido que mis piernas me lo permitan. Directamente hacia nuestra trampa para venados.

—No seas tonto Kes, la bestia tiene alas. De nada serviría llevarlo hasta un hoyo cubierto con ramas y hojas.

—Tienes razón. No me había acordado de las alas. Es algo en lo que tendremos que pensar —dijo el niño, tras mirar en todas direcciones.

—Recuerda lo que dijo el aure. La bestia ha sido vista cerca al lugar donde el arroyo dobla abruptamente y los árboles crecen excepcionalmente altos.

—Aún estamos lejos de ahí y el Sol está a punto de ocultarse —exclamó Kes algo descorazonado.

—Entonces regresemos mañana. Debemos empezar muy temprano.

—Y con todo lo necesario para pasar una noche en el bosque.

Los amigos abandonaron apresuradamente la espesura, justo antes que oscureciera por completo. Sin embargo, aquello no los salvaría de una reprimenda por parte de sus padres.

—No debes andar por el bosque a estas horas —le advirtió Ila a su inquieto hijo.

—Pero mamá, no hay de qué preocuparse. Siempre ando con Alit. Juntos podemos vencer cualquier peligro.

Ila no pudo evitar sonreír ante la inocencia del pequeño.

—De todas maneras, prefiero que juegues cerca al pueblo. Ese bosque alberga animales peligrosos.

—Y también a la bestia. Sabemos lo que el aure ha contado, mamá.

—Él ya es un hombre viejo y quizás se haya equivocado —explicó Ila, mientras Palur observaba en silencio, sentado en su mecedora, dando largas bocanadas a su vieja pipa.

Los bisabuelos de Kes y Alit se habían establecido en las lejanas tierras orientales hacía más de sesenta años, luego que Diruk predijera que dichos suelos producirían las mejores uvas de todo el reino.

Al día siguiente, Palur tenía todo listo para partir hacia Ukaris. Aquel trayecto de ida y vuelta se realizaba cada tres meses, y permitía intercambiar el vino de Herol por alimentos y mercancías vitales para los habitantes del pueblo más oriental del reino.

El convoy de viticultores, conformado por una docena de carretas en las que viajaban más de treinta hombres, tomaría el camino que atravesaba Efín, para después viajar por la orilla meridional del Acuantalis. Tras dejar los pueblos de Zun, Belia y Litar, recorrería los llanos de Kinar, nombre con el que se le conocía a las grandes extensiones de tierra dedicadas a la agricultura y ganadería, ubicadas entre el gran lago y la capital del reino. Finalmente, tras una semana de viaje, llegaría a la ciudad dorada.

Las carretas, viejas en su mayoría, pero muy bien conservadas, transportaban decenas de grandes garrafas llenas del dulce fruto de la vid. El pueblo entero se encontraba presente para despedir a los viajeros que con gran esmero habían alistado a sus animales y amarrado fuertemente su preciada carga. Los caminos del reino no estaban siempre en las mejores condiciones y se corría el riesgo de perder parte del vino en el trayecto.

Sin embargo, la mente de Palur estaba ocupada en otro pensamiento. A pesar de que aún contaba con vino bueno para llevar a Ukaris, la última cosecha de uvas había sido pobre. Esto se había estado repitiendo desde hacía dos o tres años.

—¿Qué ocurre papá? —preguntó Kes.

—Nada hijo. ¿Por qué lo preguntas?

—Veo preocupación en tu rostro.

—Todo va a salir bien y pronto estaré de vuelta. Promete hacerle caso a tu madre.

—Lo prometo.

—Y no estés adentrándote en el bosque. No creo que haya ninguna criatura extraña como menciona el aure, pero podrías encontrarte con algún animal salvaje, o ser víctima de la flecha de algún cazador descuidado.

El pequeño asintió, miró a su amigo Alit, quien también se despedía de su padre un par de carretas más adelante y preguntó:

—¿Cuándo estarás de vuelta?

—Antes de la luna nueva.

La caravana de viajeros se alejó por el camino principal, que luego recorría parte del bosque. Sus esposas e hijos volvieron a sus casas. Ellas a sus quehaceres domésticos, los adolescentes al campo y las cosechas, y los niños a sus juegos.

Entre ellos, hubo dos que, haciéndose de bolsas de cuero en las que pusieron grandes pedazos de pan y algo de queso, junto con frazadas ligeras y un par de cantimploras que ocultaron en un escondrijo cerca de sus casas, se despidieron de sus madres como cada día que salían a jugar, y enrumbaron hacia Efín.

Cuando Kes alcanzó el lindero del bosque volteó para decir:

—Vamos, no te retrases otra vez.

—¿Crees que encontremos a la criatura? —preguntó Alit, gritando con fuerza.

—No lo sé. Pero si haces tanto ruido lo más seguro es que ella nos encuentre a nosotros primero.

Siguieron la ruta del día anterior, hasta que finalmente, tras una agotadora marcha, llegaron al lugar donde el arroyo cambiaba bruscamente de dirección. A pesar de que faltaba mucho para que

oscureciera escucharon el lejano ulular de un búho. Sus corazones latían intensamente, con emoción. La idea de encontrarse con aquel ser que seguramente provenía de las oscuras profundidades de la tierra, los seducía irresistiblemente.

—Debemos estar muy cerca. Hay que guardar silencio. A partir de ahora nos comunicaremos por señas —dijo Kes, mientras Alit sacaba un pedazo de pan de su bolsa.

—¡No! —alcanzó a decir Kes en voz baja, para luego continuar explicando con gestos, que no debían sacar comida hasta asegurarse de estar solos—. La criatura podría oler el alimento.

Ambos se recostaron bajo un árbol especialmente fuerte y frondoso. Estaban cansados, pero coincidieron en que había que reconocer el terreno sin más demora. Solo se oía el canto de las aves diurnas y el sonido de una suave brisa que mecía las ramas más altas.

Kes le hizo señas a su amigo para que caminara en una dirección. Él lo haría en la otra, y cuando cada uno se hubiera alejado mil pasos regresarían para comer parte de sus provisiones. De esa manera se asegurarían de que la bestia no estuviera cerca para oler su comida. Era un plan que había ideado esa mañana.

Alit dudó un poco de querer hacerlo solo, pero Kes le dio ánimos, haciéndole recordar que al volver podrían comer algo de pan fresco y delicioso queso.

Pronto, ya no pudieron verse. El tupido bosque les dificultaba, incluso, recordar con claridad la senda que estaban siguiendo. Aquello fue resuelto, a medida que avanzaban iban atando pequeños retazos de tela de diferentes colores a las ramas que consideraron las más apropiadas para indicarles el camino de regreso.